

POR LOS CAMINOS DE EUROPA

¡AHI QUEDA ES!

Yo no creo que exista político alguno sobre este mundo de Dios que no diga preciosidades sobre la juventud: «la juventud es el porvenir»; «los jóvenes, con su idealismo y su generosidad sin límites, son nuestra mejor garantía para el futuro»; «la juventud aporta la savia nueva que necesita nuestra coyuntura política»; etc. (y aquí pueden poner ustedes todos los etcéteras superlativos que deseen). Sin embargo, todavía no conozco un político que verdaderamente muestre con los hechos lo que tan engoladamente proclama. A la hora de la verdad, el político prefiere dejar al joven sumergido en su aula de estudios, en su discoteca o en una de sus numerosas y «excéntricas» aficiones. Todo lo más, al joven se le llamará a la hora de la manifestación pública. Pero, para el resto, buena es la sala de espera: «le falta experiencia»; «todavía ha de madurar mucho»; «¡si no tiene más que veinte años!»... Total que el porvenir, el idealismo, la generosidad sin límites, la nueva savia, todas esas cosas que por lo visto la juventud posee y la sociedad necesita urgentemente, se ven arrinconadas con buenas palabras, cuando no despreciadas olímpicamente. Y todos tan contentos (menos «las minorías» claro).

En Irlanda del Norte —lo dicen las noticias y lo comentan los entendidos— las cosas están que arden. Con razón, por supuesto. Nuestra conciencia no admite ya ningún tipo de discriminación, llámese racial, ideológica o religiosa, al menos con respecto a los derechos cívicos fundamentales. En Irlanda del Norte la hay, y parece que nos duele más por el hecho de que sean los católicos los que en esta oportunidad estén pagando el pato. Por supuesto que si la discriminación fuera a la inversa, o los discriminados fueran rusos, o masones, o comunistas, la cosa nos importaría menos, mucho menos. Pero, dejémonos de suposiciones, y veamos las cosas como son: los discriminados son los católicos, y toda discriminación por causas religiosas es injusta. La consecuencia es lógica: protestas, manifestaciones, peleas...

Parece ser que, en los últimos desórdenes del Ulster —lo acabo de leer en la prensa—, una joven había llamado la atención de las fuerzas del orden público: Bernadette Devlin. Así, es de suponer que los agentes del capitán O'Neil no recibirían precisamente una gran alegría, al saber que tal jovencita había sido elegida por sus conciudadanos para representarles en la Cámara de los Comunes.

Pero lo bueno viene después. Lo bueno viene cuando Bernadette, con sus apenas 21 años a cuestas, su fresca melena y sus estudios recién comenzados de psicología, se presenta ante la venerable Cámara británica. Algo así, nacía nada menos que doscientos años que no pasaba en tan augusta organización, desde que William Pitt fuera elegido para el mismo cargo. Y lo que ni siquiera el joven William había sido capaz de hacer, lo hizo el otro día Bernadette. Porque Bernadette habló. ¡Y cómo habló! Se diría que en su discurso (media hora bien preñadita) acumuló todo ese idealismo y generosidad sin límites, toda esa savia vigorosa de la juventud actual, tan proclamada en discursos como relegada a la hora de actuar. Bernadette habló alto, duro y sin ambigüedades. Con su acento irlandés, llamó al pan, pan, a la injusticia, injusticia, y a los convenios sucios, inmoralidades. Vamos, que llamó a las cosas por su nombre, como Cristo nos enseña. Su actuación debió coger tan de sorpresa a los políticos experimentados, que ni siquiera encontraron argucias para defenderse. Las crónicas nos dicen que ni los más veteranos recordaban algo parecido; y, en resumen, que todo el debate sobre Irlanda del Norte quedó marcado por las palabras de la joven diputada.

Verdaderamente, la juventud es indiscreta. Habrá que convenir en que le faltan maneras, en que carece de experiencia, en que todavía no está madura. Posiblemente, algo así se diría de Bernadette tras su acalorado discurso, y con razón. Pero, admitido todo esto, habrá que admitir también que nadie como los jóvenes para espetarnos verdades como puños, dichas con la palabra que les corresponde en el lenguaje del vulgo. Necesitamos muchos jóvenes como Bernadette Devlin, capaces de gritar en el Parlamento (donde habrá que hacerles sitio, si no queremos que griten en la calle), de estudiar psicología como Dios manda y de dar una buena lección a tantos políticos sabios.

Yo me imagino que, a la salida de la Cámara, la menuda y vivaracha Bernadette les diría a los periodistas: ¡Ahí queda eso! Pero, lo dijera o no, el hecho es idéntico. A nosotros sólo nos resta ahora sacar las consecuencias, por aquello de que nunca está de más aprender algo bueno del vecino.

Ignacio MARTIN-BARO

Diario Regional
7. Mayo. 1969.